

ESTATUA DE SAL

Luisa González López

Allí estaba Él, como un topo sumido en las arterias subterráneas de la ciudad, socavando su propia oscuridad en una melodía inventada muchos años antes, justo cuando mamá murió. Y allí, enfrente de Él, me encontraba yo, paralizado y perplejo, escuchando los acordes abigarrados de su vieja armónica diluirse en la espesura de la muchedumbre deambulando con rumbo premeditado, sin dar crédito a mis ojos, testigos fieles del rostro desfigurado de aquel hombre de aspecto similar al de una bestia que, con la cara quemada y los ojos ciegos, ignoraba mi presencia.

El azar, la vida o acaso ese dios que a veces se vuelve malvado, nos había convocado de nuevo. Había elegido lugar y tiempo: el metro de una ciudad cualquiera a esa hora en que el aire todavía no está retestinado más que de prisas.

La canción repetida y obstinada no brotaba de su armónica, emergía de los confines de su corazón apergaminado de sinsabores, de sus entrañas correosas de tanto olvido imposible, de su piel incendiada en cal viva, de su boca sin labios como la grieta en una granada que estalla cuando madura, de sus ojos sin puntos cardinales. Yo la escuchaba mientras resucitaban viejos fantasmas en mi mente, y el cuerpo se me llenaba de espantos y de espectros como una caverna se colma de murciélagos y de sombras cuando, de repente, apareció el recuerdo de mamá muerta como una estatua de sal sobre su cama, blanca y fría como el puñado de nieve que papá nos había traído al regreso de su último viaje. Él y yo besamos a mamá en la frente antes de que su alma alzase el vuelo hacia el cielo, y se nos quedaron los labios amoratados de tanta muerte.

La Otra se instaló en nuestra casa una tarde aborregada en que los vencejos anunciaban la presencia de las primeras cerezas. Entonces, mamá ya estaba tan enferma que no podía ocuparse de nosotros y sólo, de vez en cuando, recostada en su cama, nos contaba algunas historias alucinantes sobre los viajes de papá, y nosotros soñábamos con partir algún día con él a bordo de un gran barco hacia islas inventadas y mundos que a dios se le olvidó crear. Pero al final de sus días, mamá dejó de hablarnos de papá y las historias se volvieron cenicientas, como la de aquella mujer que miró atrás y se convirtió en un bloque de sal. Nunca jamás miréis atrás, hijos míos, nos decía mamá, mirar atrás es quedarse en medio de la catástrofe, en medio de ninguna parte y de ningún lugar. Por eso, cuando se llevaron a

mamá marchita entre flores frescas, nosotros no volvimos la vista y seguimos mirando al frente.

Esa misma noche La Otra consoló a papá con las artimañas de una serpiente. Entró en la habitación desenfundando las ropas de su cuerpo, dejándolas en el suelo como pellejos mustios y, mudada de una piel nueva y tersa, se entregó al dolor de papá por la muerte de mamá. Se deslizó entre las sábanas que todavía conservaban el frío que heló a la muerte, y trepó sobre papá hasta devorarlo. Se oyeron sus aullidos hasta la madrugada. Luego, él se marchó para siempre y, para siempre, La Otra, ya convertida en monstruo, se quedó.

Él y yo sobrevivimos a Ella. Sin mamá y con La Otra, nuestro hogar había mutado del paraíso al infierno, de las bellas historias a los gritos agudos, de las caricias a los azotes. Pero nosotros seguíamos soñando que papá regresaría pronto de su viaje y que traería consigo una armónica para mí idéntica a la que antes había regalado a Él, porque yo elegí el puñado de nieve, aquel gigantesco diamante helado que se me escapó del bote de cristal donde lo había guardado, dejando, como muestra de su ausencia, un líquido insípido e incoloro similar al agua. Sobrevivíamos día a día a aquel monstruo que había ocupado la cama de mamá y el cuerpo de papá, componiendo canciones con la armónica desafinada por las babas de ambos. Y conseguimos juntar algunas notas y hacer con ellas una canción en memoria de mamá que se titulaba Estatua de Sal. La repetíamos tantas y tantas veces al cabo del día que La Otra llegó a aborrecerla, del mismo modo que nos había aborrecido a nosotros.

Un día, antes de que las moscas comenzasen a atormentarnos la piel a picotazos, ella dispuso blanquear la fachada de lo que cada vez parecía menos un hogar. De mala gana ayudábamos. A mí me había tocado colocar cartones en la acera de la calle para que no goteara la cal que se desprendía de la escobilla atada al palo de la escoba con que ella encalaba la casa, y a Él traer cubos de agua desde el pozo hasta la puerta. Él realizaba su labor alegremente, amenizando el trabajo con los acordes de su armónica, que dejes ese trasto, le advertía ella, que me tienes la cabeza loca, que te calles, coño, de una puñetera vez. Pero Él la ignoraba, no contestaba y, como si la armónica fuese una extensión de sus labios, seguía tocando la melodía de Estatua de Sal. A La Otra se le iba descomponiendo el rostro a medida que la furia la irritaba, y repetía eso de no te volveré a repetir que te calles, que tires el maldito trasto ese que me está poniendo la cabeza loca, que te calles, he dicho que te calles... Hasta que no pudo soportarlo más y cogió a Él por los pelos, y lo zarandeó como un muñeco colgado de una lámpara y, cuando lo soltó, cayó de boca en uno de los lebrillos donde la cal viva esperaba morir para ser parte de la pared, formando burbujas intermitentes, como la leche cuando hierve. A pesar de los cráteres purulentos que para siempre se le quedaron a Él en la cara, y de la pérdida de sus antiguos labios de fresón y acero, y del extravío de su mirada risueña, su rostro seguía siendo angelical a mis ojos. Para el resto de la gente pasó a ser un zombi de cuya presencia todos escapaban. Nadie podía soportar la repugnancia ni disimular el asco.

Él siguió mirando infinitamente, con la mirada perdida y ciega, hacia delante.

Yo le había buscado por islas inventadas y mundos que a dios se le olvidó crear durante medio siglo de mi vida, imaginando el encuentro. Pero la realidad, que siempre se disfraza de la forma más fea de la fantasía, me ofrecía a Él allí, en la boca de un metro, sentado en

el suelo, con la espalda recostada sobre la pared alicatada de viejas y sucias baldosas, con la mirada al frente, como nos decía mamá, siempre al frente, hijos míos, tocando una vieja armónica que despedía acordes abigarrados, repitiendo una triste canción inventada para mamá, para que no muriera en el olvido, con un sombrero— en cuyo fondo naufragaban algunas monedas—a sus pies.

Y allí estaba yo empujado por el puro azar, la puta vida, o un dios benevolente, convirtiendo las notas de una armónica en el mosaico de los recuerdos que me configuran en este ser que soy.

Tal vez todo hubiese sido distinto si yo hubiera tenido valor para asesinar los espectros ocupas de mi cuerpo durante casi una eternidad, que es justamente lo que ya es mi vida. Pero no. Porque Él seguía mirando hacia delante, como yo, sin olvidar las palabras de mamá.

Sentí unas urgentes ganas de huir de allí y, con pasos indecisos, caminé despacio, dudando si mirar atrás sería quedarse en medio de la catástrofe, en medio de ninguna parte y de ningún lugar. La música de la armónica se amansaba a medida que yo me alejaba de Él.

Pero no pude evitarlo: instintivamente volví la cabeza y le miré desde lejos. Me sentí estático pero libre, al fin. Y entonces supe que mirar atrás es sólo recordar, vivir una vez más lo ya vivido.

